

que la oprimen, podremos, sí, al menos, decir que estos son nuestros votos y los del verdadero pueblo italiano. Y pues que la Italia verdadera está con Vos, con Vos Padre Santo, con Vos están vuestros católicos hijos. Cuando reunidos en la Iglesia, ellos escucharon reverentes las palabras de los ministros de Dios, de aquéllos generosos sacerdotes que hace poco, y cuyos pasos nosotros seguimos, os manifestaron su fé y su abnegacion, ahora los fieles italianos aprenden á amar y bendecir vuestro nombre, y con una fé viva elevan una plegaria por Vos, ferviente como la que se hace por el padre, pura, absoluta, como la invocacion del triunfo de Dios.

Hoy pues que recordámos nuestras humildes obras, una plegaria más viva y de la más bella esperanza sonríe á nuestra alma, haciendo más férvida la nuestra, la solemnidad del Santo rosario inspirado por Vuestra Voluntad y decorado con mayor gloria y esplendor, anunciándonos promesas sobrenaturales. Dígnese la Madre, á la hora en que la ensalsamos, oh Padre Santo, alcanzarnos que la Italia sea libre.

Peregrinos, dijimos, y repetimos, á Roma y al Vaticano, donde nos tienen aprisionados la revolucion; sosténgamos con valor nuestros sentimientos de discípulos é hijos: no olvidemos que la vida terrena es una milicia, y que somos soldados, miembros del ejército cristiano: no demos lugar á que se diga que volvémos la espalda el día de la batalla: imitad, no obstante la mesquindad de nuestras fuerzas, el ejemplo de los que aquí nos han traído; y por esto ahora

nos unimos al clero que poco ha rodeó esta cátedra.

Santo Padre, cabeza suprema del ejército cristiano: mandad, y nosotros soldados obedientes de Vos, esperamos la voz de mando.

Beatísimo Padre: El sexto Congreso Católico, convocado en Nápoles nos aguarda; y despedidos por Vos, sabed que allí vuestras órdenes serán ejecutadas, vuestra palabra será nuestra norma, nuestra ayuda, nuestra luz y nuestra guía, ejecutando entre tanto, las obras que nos habeis recomendado. Dignaos oh Padre Santo, bendecir á nuestros superiores, á esta peregrinacion y á sus obras: dignaos bendecir tambien á nuestra pobre Italia, que fué y que ahora quiere ser siempre la tierra de San Pedro, la tierra del Papa."

Terminada la lectura de este discurso, el S. Padre, poniéndose en pié, con voz vibrante y conmovida, dirigió á su auditorio el inspirado y gravísimo discurso que á continuacion reproducimos.

"El dulce consuelo que hemos experimentado, hace algunos dias, al presenciar la magnífica manifestacion de devocion y amor filial, realizada por el clero italiano, se renueva hoy con los testimonios no ménos magníficos de respeto y adhesion que nos dais, hijos queridos, que en gran número y venciendo toda clase de dificultades, habeis venido de varias partes de Italia para prosternaros ante la tumba venerada del Príncipe de los Apóstoles y proclamar que quereis á toda costa permanecer fieles y obedientes á esta Sede Apostólica. Por eso ambas peregrina-

ciones se completan admirablemente y prueban que siguen al clero numerosas falanges de seglares que profesan las mismas creencias, los mismos sentimientos, los mismos afectos y rivalizan en celo por dar al Vicario de Jesucristo el testimonio público de una fidelidad y adhesion inalterables. Damos profundas gracias al Señor, y nos regocijamos con vosotros, queridos hijos, de que en su divina bondad os haya inspirado sentimientos en armonía con lo que requiere nuestra actual situacion.

Todos conoceis bien las intenciones que han tenido las sectas impías y sus adeptos al violar los sagrados derechos de la Sede Apostólica y reducir al Pontífice romano á una situacion indigna, que todos deplorais altamente con Nos. Afirmacion tan falsa como insensata es la de que el Papa es enemigo de Italia. La historia, como muchas veces lo hemos recordado, ha consignado con caracteres indelebles las ventajas insignes que Italia ha obtenido en todas épocas de la accion altamente bienhechora del Pontificado. El tiempo y las investigaciones de los sabios no pueden sino dar á esos beneficios nuevo esplendor, y cada vez se verá mejor, que nada de lo que merece el nombre de bien, no solo en el órden religioso ó moral, sino ademàs en el órden político, social y privado, es inconciliable con el Pontificado. Todo por el contrario revela en él vida, vigor y desarrollo.

Y sin embargo, hay, como se repite hipócritamente en nuestros dias, quienes afectan el deseo de descargar á la Iglesia y al Pontificado del peso de las cosas terrestres.

Ese deseo equivale, en realidad, á un sarcasmo en boca de los que, de todos los modos posibles se han esforzado y se esfuerzan aún en crear obstáculos á la Iglesia en su mision espiritual y divina. El verdadero objeto de los sectarios ha sido el de perjudicar y herir á la Iglesia y á su Jefe, arrebatando á la Sede Apostólica lo que constituye la salvaguardia de su libertad, y la garantía de su independencia; y llevando más lejos su audacia, esos mismos secretarios se han propuesto llegar por último á querer arrebatár á Italia el don precioso de la fé y de la religion católica; quedando bastante demostrado con sus hechos incontestables, sus intenciones siniestras, las que se manifiestan diariamente. Hé aquí pues porqué de vez en cuando se oyen lanzar blasfemias que revelan un inicuo designio de un modo todavía más explícito.

Pocos dias hace, en la misma Roma, se ha osado proclamar en público, y ha podido hacerse impunemente, que no puede existir verdadera vida italiana mientras Italia permanezca católica; y se ha añadido que la ocupacion violenta de Roma ha sido solamente el primer paso en el camino que debe conducir á Italia á emanciparse del yugo sacerdotal católico, y que es absolutamente necesario avanzar por ese camino para llevar á término la empresa. ¡Ah, qué horrible desgracia seria para Italia que Dios, en su justicia indignada, llegase á permitir que esa obra impía pudiese ser consumada!

Para conjurar tan gran calamidad, es necesario que, sacudiendo toda

inercia, se reúnan en un solo haz todas las fuerzas de los que sienten verdadero amor á la patria y á la religion. Es necesario que todos se mantengan unidos cada vez más á esta Sede Apostólica y que se manifiesten resueltos á querer que sean libres y respetados la Iglesia y el Romano Pontífice; á querer que el Papa sea reintegrado en la situación de independencia y soberanía que le son debidas en razon de su poder y su dignidad supremas. Bien sabemos queridos hijos, que tales son vuestros sentimientos y que para manifestarlos habeis venido aquí. Conservadlos constantemente, reanimadlos y esparcidlos tambien á vuestro deredor, y haced de modo que sean la regla inflexible de vuestra conducta y de la de todos los que atraigais para seguir vuestro ejemplo.

Entre tanto, para recibir el don de discernimiento y consejo, para obtener la fuerza, el espíritu de disciplina, y en fin la victoria en la áspera lucha que es preciso sostener, hemos querido apelar á la ayuda del cielo y de un modo especial, á la de la Augusta Virgen que es invocada con el título de Reina del Rosario. Hacia esa Virgen bendita en todo el mundo católico, durante este mes, y sobre todo en este día, sus fieles hijos, con solo un corazón y con una alma sola elevan sus manos suplicantes, mientras experimentan dentro de sí mismos la más suave esperanza.

Invocada muchas veces bajo ese glorioso título la invencible Reina Nuestra Señora del Rosario, ha sometido á esos formidables enemigos del nombre cristiano, y al mismo tiempo ha conservado en los indivi-

duos, las familias y las naciones, la fé, la pureza de costumbres y todos los preciosos beneficios de la vida cristiana; porque á menudo place así á Dios humillar á los poderosos y su arrogancia, y consolar á los que despreciados y ultrajados recurren á El con confianza por mediación de la Bienaventurada Virgen María. El mundo incrédulo se burla, y con acentos de blasfemia quiere poner en ridículo esos movimientos de la fé; pero léjos de vacilar por eso, la piedad tradicional de los italianos se hace mas viva hácia la Virgen bendita, no pudiendo menos que reanimarse y hacerse más tierna y más confiada.

Entretanto, y como prenda de las divinas misericordias y testimonio de nuestro especialísimo afecto, recibid, queridos hijos, la bendición apostólica que os concedemos con efusión de corazón á todos los que están aquí presentes, á todos los que en espíritu se han unido á vosotros, á aquellos en particular que dentro de algunos días van á ir al Congreso de Nápoles, á vuestras familias, y en fin á vuestras obras y á todos los católicos de Italia."

Apenas Su Santidad acabó de hablar, cuando nuevos y estrepitosos aplausos rimbombaron por el anchuroso templo, terminados los cuales, levantándose el Santo Padre, dió la bendición Apostólica á todos; y recibiendo los homenajes de los Señores Presidentes, que fueron admitidos á besarle el pié, atravesó por en medio de aquella multitud apiñada que lo contemplaba con respeto, volviendo á su habitación, por su pié.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4.

Guadalajara, Enero 8 de 1884.

NUM. 25.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

SAGRADA

Congregacion de Indulgencias.

Beatissime Pater:

Leo Marin é Congregatione S. Sulpitii, Vicarius Generalis Dioeceseos Aquensis et Moderator magni Seminarii ejusdem Dioeceseos, simplex adit Sanctitatem Vestram, ut approbare dignetur exhibitas sequentes Orationes, propositas sacerdotibus recitandas ante et post eorum Confessionem Sacramentalem, eis que aliquam indulgentiam adnectere.

Oratio ante Confessionem Sacramentalem.

Suscipe confessionem meam piissime et clementissime Domine Jesu Christe, unica spes salutis animae meae, et da mihi, obsecro, contritio-

nem cordis, et lacrymas oculis meis, ut defleam diebus ac noctibus omnes negligentias meas cum humilitate et puritate cordis. Domine Deus meus suscipe preces meas. Salvator mundi, Jesu bone, qui Te crucis mortis dedisti, ut peccatores salvos faceres, respice me miserum peccatorem invocantem nomen tuum, et noli sic attendere malum meum, ut obliviscaris bonum tuum; et si commisi unde me damnare potes, tu non amisisti unde salvare soles. Parce ergo mihi qui es Salvator meus, et miserere peccatrici animae meae. Solve vincula ejus, sana vulnera. Emitte igitur piissime Domine meritis purissimae et immaculatae Virginis Genitricis tuae Mariae, et Sanctorum tuorum, lucem tuam, veritatem tuam in animam meam, quae omnes defectus meos in veritate mihi ostendat, de quibus confiteri me oportet, atque juvet et doceat ipsos plene et contrito corde explicare. Qui vivis et regnas Deus per omnia saecula saeculorum.

Amen.